

# PATERAS



JOSÉ BEJARANO

PERIODISTA. DELEGADO DE LA VANGUARDIA EN ANDALUCÍA

En la playa de la almadraba de Ceuta no se oía a esa hora más que el suave lamido de las olas sobre la arena impregnada de olor a gasoil por los pesqueros varados. El mar en calma y una suave brisa de poniente auguraban una travesía segura. Varias pateras sin motor aparecían recostadas junto a las casetas que servían de taller. ¿Llegarían el “Negro” y sus hombres? La impaciencia nos había hecho llegar con un cuarto de hora de adelanto sobre la hora pactada: la una de la madrugada.

El “Negro” apareció con tres acompañantes y, tras saludarnos sin muchos miramientos, se metieron en una de las casetas para sacar un reluciente motor Yamaha de setenta caballos. No encendieron ninguna luz y nos movíamos gracias a la amarillenta claridad que derramaba una lejana bombilla del alumbrado público. Ajustaron el motor a una patera que parecía acabar de salir del agua. Uno de los hombres le borró la matrícula a la embarcación con un bote de pintura azul y una brocha también sacada de la caseta. Luego subieron dos grandes depósitos con la gasolina necesaria para el trayecto.

Cada hombre sabía su cometido y actuaba con movi-

mientos precisos, sin necesidad de que nadie diera órdenes. Ni siquiera abrieron la boca durante el poco tiempo que duraron los preparativos. Sólo nosotros teníamos dudas. ¿Dónde están los otros pasajeros? ¿Cuándo suben? “Luego, en otro lugar de Ceuta”, nos explicó el “Negro”. La pregunta que no hicimos fue si habían cambiado el lugar del embarque por temor a que les hubiéramos delatado y temieran una emboscada de la policía. Les habíamos dado muestras de sinceridad, pero probablemente para estas organizaciones todas las cautelas son pocas.

Luego supimos que los emigrantes subirían en la playa del barrio de Benzú al oeste de Ceuta. En este núcleo de casas alejadas de la ciudad se agolpan decenas de pateras requisadas por la Guardia Civil. En la playa estaban ya el “Negro” y su lugarteniente. Les había dado tiempo de subir al barrio del Príncipe, cargar a los emigrantes escondidos en casuchas y descender hasta Benzú. Del interior de una furgoneta estacionada en la oscuridad, en un lugar de la carretera cuyas farolas habían sido rotas a pedradas, empezó a salir la fila de hombres. La embarcación se balanceaba violentamente y crujía con cada nue-



Fotos: Emilio Castro.



vo pasajero. Contamos a dieciocho hombres y dos mujeres, que sumados a nosotros dos y a los dos tripulantes, sumábamos veinticuatro pasajeros.

Los principales problemas, además de la presencia de lanchas de la Guardia Civil, podían ser el estado de la mar y que los movimientos en el interior de la barca pusieran en peligro su estabilidad. Ahmed lo explicó en árabe a los pasajeros. A nosotros nos lo tradujo con una sola palabra: tranquilidad. Mohamed y Ahmed conocían el Estrecho como la palma de su mano, controlaban las corrientes marinas, los vientos y hasta los circuitos que siguen los grandes buques que transitan la traicionera franja de mar.

La noche era muy buena para pasar sin sobresaltos: oscura para no ser vistos, pero despejada, lo que permitía ver de lejos las luces de la costa española y de los barcos en tránsito. El mar estaba en calma y el viento era suave de poniente. Unas condiciones inmejorables para el viaje, concluyó. Pero eso lo sabían también los encargados de vigilar la costa gaditana, que en noches como ésta, en plena primavera, esperan la llegada de

al menos media docena de embarcaciones, unas cargadas de drogas y otras de emigrantes.

Ahmed ocupó un puesto junto a Mohamed, que ya disparaba el motor rumbo a la profundidad de la noche. El viento inesperado de la velocidad nos hizo estremecer y avanzamos encogidos en silencio. Sólo el rugido del motor rompía la no-



che. Sin ese ruido habríamos escuchado el latido de nuestras pulsaciones aceleradas por la emoción. La oscuridad no dejaba ver ni siquiera la estela de espuma que dejábamos atrás. Las bolsas de plástico con la ropa seca que debíamos usar al llegar empezaron a bailar en el suelo de un lado a otro y a estorbar el movimiento de los pies. El olor dulzón de la gasolina de los bidones de plástico se hizo agrisado al mezclarse con el salitre.

La línea de luces amarillas de Ceuta dibujaba un reflejo dorado en el mar. Nadie abría la boca. Casi todos permanecíamos con las manos en los bolsillos abrazando el chaquetón, los dientes apretados, la cabeza agachada. Parecía que buscásemos asidero en el fondo oscuro de la embarcación. De pronto, los golpes de la proa contra el agua se encabritaron. Todas a la vez, las cabezas se giraron hacia Ahmed en busca de una explicación tranquilizadora. Ya no estábamos a resguardo del viento y de las olas, habíamos salido mar adentro, por lo que esos saltos que a veces hacían subir el estómago a la garganta iban a seguir hasta que faltara poco para la costa española. Empecé a sentir las mandíbulas de tenerlas apretadas.

Ahmed ordenó que levantásemos la cabeza si no queríamos pasar el resto de la travesía vomitando por la borda. El dorado de Ceuta fue quedando reducido a breves pinceladas sobre las ondulaciones del mar.

Distraídos con el juego de las luces, nos pasó desapercibida la mole de un mercante que navegaba a poca distancia en dirección al Mediterráneo. Ahmed se había percatado tiempo antes y cuando los demás lo vimos, la proa de nuestra endeble embarcación ya enfilaba en perpendicular las crestas de las olas que desplazaba a su paso.

En la noche, podíamos ser aplastados por cualquiera de los cientos de barcos que navegan por el Estrecho sin que a su capitán se le moviera el vaso de vino de la cena. Los radares de estos buques están puestos a una escala que no detectan embarcaciones tan pequeñas o, en el mejor de los casos, no nos diferenciarían de la estela que deja un delfín o una gaviota. Las olas del mercante hacían que la proa de la patera enfilara a las estrellas para hundirse a continuación en la negrura del mar. Hasta ese instante no habíamos sentido la fragilidad de nuestro





casarón. Algunos nos echamos al fondo de la patera para agarrarnos a las tablas que antes nos servían de asiento.

El foco cayó sobre la patera como un mazo surgido de la nada, pasó sobre nuestras cabezas igual que una ráfaga de ametralladora. La patrullera se avalanzaba sobre nosotros a gran

velocidad. El foco escrutaba la oscuridad sin hacer blanco más que breves instantes debido a los movimientos en zigzag de nuestra embarcación. En esas condiciones teníamos pocas posibilidades de escapar. Entonces oímos los primeros disparos de los guardias civiles, que estallaron en la noche con un sonido seco, amortiguado por el viento, y Ahmed paró la marcha de forma instintiva. De nuevo, el foco dio en la diana de la patera, esta vez durante tiempo suficiente para vernos las caras unos a otros y sorprendernos con las manos en alto. Descubrimos que venían dos chicas jóvenes. Vencidos. Las voces de los agentes pedían a su piloto que pegara la patrullera al costado de la patera para el abordaje. A Ahmed se le debieron de cruzar los cables al oír las órdenes de los guardias civiles porque justo en ese momento asió de nuevo el mando del motor y pegó un acelerón que nos sentó a todos de golpe, cada cual donde cayó. Otra vez en la oscuridad, la patera emprendió una desesperada huida hacia la costa. Todo o nada.

Los repetidos disparos, probablemente al aire para intimidar, sonaron esta vez aumentados por el eco de las rocas. La tensión de huir, la necesidad de escapar a la cercana costa, impedían prestar oídos a los tiros. La negrura de los riscos, perfilada por un azul pajizo del cielo, se veía avanzar hacia nosotros mientras las ráfagas del cañón daban bandazos indagando desesperadamente el agua. Sin vernos, los tripulantes de la patrullera nos perseguían a toda máquina. Oíamos los disparos al aire y los dos potentes motores de la embarcación; veíamos muy cerca su único ojo fuera de órbita, enloquecido. Varias veces estuvo a punto de pasarnos por encima aquella bestia embravecida mientras uno de sus tripulantes disparaba y gritaba.

— ¡Párate, cabrón, que los vas a matar a todos!

Otras dos veces lograron ponerse al costado de la patera, pero cuando uno de los agentes, pistola en mano, estaba a punto de saltar a bordo, Ahmed viraba en redondo y nos alejábamos zigzagueando en la oscuridad. Nuestro piloto jugó al ratón y al gato el tiempo necesario para acercarse a la costa. El experto Ahmed sabía que a partir de un punto la patrullera tendría que abandonar la persecución por temor a embarrancar. El foco de su torreta no cesó de alumbrarnos hasta que alcanzamos las rocas. El salto de la patera al acantilado fue frenético, cada uno agarrado a la primera bolsa de ropa que encontró a sus pies. Empapados, fuimos tropezando unos con otros, nos rompimos las espinillas con las piedras, algunas bolsas se abrieron como muñecas destripadas que dejaron sus entrañas desparramadas en la noche. Pero estábamos en tierra.